

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Sociologia e historia. Una mirada sociohistorica.

María del C. Goldberg.

Cita:

María del C. Goldberg (2009). *Sociologia e historia. Una mirada sociohistorica. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1259>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Sociología e historia

Una mirada sociohistorica

María del C. Goldberg

IISE-Fac. de Ciencias Sociales-UNSJ

mgolberg@interredes.com.ar

Las Ciencias Sociales, y la Sociología en particular, surgen en el mismo proceso de constitución de los Estados-Nación, intentando dar respuesta a las conmociones de un mundo que está cambiando. De hecho, las primeras corrientes que pueden caracterizarse como sociológicas, centran fuertemente su análisis en la dinámica social, es decir en los procesos de cambio, sea para neutralizar o para agudizar los conflictos, en busca de un modelo de sociedad, inexistente en ese momento. Siguiendo a Elías, podemos decir que los precursores de la Sociología son los “voceros” de las dos clases ascendentes en las sociedades de la industrialización temprana. “En los países industrializados del siglo XIX, en los que se escribieron las primeras obras de los padres de la sociología, las voces que, en el coro del siglo, acabaron por imponerse fueron las que expresaban las creencias, ideales, objetivos a largo plazo y esperanzas sociales de las clases industriales ascendentes, frente a aquellas otras voces que se orientaban hacia el mantenimiento y conservación del orden social pre-existente en el sentido de una elite del poder de carácter dinástico-cortesano, aristocrático o patricio. Consecuentemente con su posición como clases ascendentes, las primeras eran las que tenían mayores esperanzas en un futuro mejor. Y como quiera que su ideal no residía en el presente, sino en el futuro, estaban especialmente interesadas en el proceso social y en la evolución de la sociedad”. (Elías, 1993:22) La Sociología surge, así, como ciencia arraigada en el proceso histórico, pero, y primordialmente, como ciencia que mira el futuro y busca forjarlo. Las

Ciencias Sociales podían, y debían, al modo de sus parientes más maduras, conocer el mundo para transformarlo.

Recurro a Elias para mostrar cómo, en la producción sociológica temprana (la cita corresponde al *Proceso de la Civilización*, publicado en 1936) y que puede remontarse a las primeras obras con ese carácter, no existen diferencias entre la sociología y la historia, quizás porque, como dice Peter Burke, “la sociología no existía como disciplina separada”. Pero, también, porque las distancias y confrontaciones que se han establecido entre la sociología y la historia están inscriptas en el proceso de autonomización y profesionalización de ambos campos, en la relación entre ellos y las otras ciencias sociales y en la relación entre estos campos y el espacio social.

En esta ponencia propongo algunas reflexiones, no exhaustivas ni concluyentes, respecto a si existe un híbrido (nuevo) que se denomina sociología histórica o si, por el contrario, esta denominación define tanto a una historia como una sociología capaces de cuestionar, sociohistóricamente, sus propias fronteras. Creo, como Bourdieu, entre muchos más, que “*la separación entre la sociología y la historia es una división desastrosa*, y que está totalmente desprovista de justificación epistemológica: toda sociología debería ser histórica y toda historia sociológica”. (Bourdieu, P., Wacquant, L., 2005, *Una invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI Editores Argentina S.A., p. 141)

SOCIOLOGIA E HISTORIA. UNA MIRADA SOCIOHISTORICA

Las disciplinas científicas se constituyen en un proceso histórico en el cual se van reconfigurando y estableciendo diferentes relaciones entre sí, es decir, no surgen ya constituidas de una vez y para siempre. Por el contrario, estos procesos dan cuenta de arduas luchas tanto hacia el interior de los ámbitos disciplinares como en la definición, siempre cambiante, de sus fronteras. Lo que está en juego en estas luchas, y que afecta tanto la conformación interna de cada campo como las relaciones entre ellos, es, en cada momento, la definición de lo que es ciencia, de lo que cada ciencia es y, por tanto, en los campos científicos la lucha es por la definición de *la verdad*. Como no se cansara de señalar, Bourdieu demostró el carácter plenamente simbólico de unas luchas que se llevan a cabo entre enfoques diferentes, entre teorías más o menos en oposición, y que se presentan eufemizadas, enmascarando los contendientes que, inmersos en el juego, responden a las pulsiones y a los intereses de sus posiciones en el campo. Producto de estas luchas, el enfoque dominante impondrá la definición legítima de la disciplina. El hecho de que haya un enfoque dominante que impone su propia definición no significa la desaparición o la anulación de los otros enfoques en

pugna. Algunos de ellos pueden entrar en un estado de latencia, pero lo que sucede con mayor frecuencia es que se modifican sus relaciones, en un *continuum* que podría definirse entre la confrontación y la complementariedad.

A lo largo del tiempo se han establecido diferentes relaciones entre la sociología y la historia, dando lugar a una convivencia algunas veces armónica y otras conflictiva, configurando un movimiento pendular.

Un rasgo característico de las relaciones, que surge del análisis procesual en la larga duración, es la fluctuación de sus vinculaciones. Fluctuación que, desde esta mirada, posee una estructura y una dirección que sin ser teleológica posibilita la explicación del proceso.

Es posible advertir, por obvio que resulte, que estos cambios están íntimamente imbricados en las condiciones sociohistóricas en que se producen pero también, y a la vez, condicionados por los diferentes estados del campo de ambas disciplinas. Cuando los campos no se han configurado, o están en proceso incipiente de constitución, las relaciones son fluidas y, en general, ocasionan pocos conflictos. Estamos frente a una situación en la que las definiciones de lo que son y deben ser cada una se encuentran aun inacabadas. En los procesos de constitución de los campos disciplinares las luchas de posicionamiento son más arduas hacia el interior de los mismos.

Cuando Peter Burke analiza el rechazo a la historia social, destaca que la “vuelta a la predominancia” de la historia política se enmarca en el proceso de profesionalización de la historia, es decir, en el proceso de constitución del campo histórico durante el cual uno de los enfoques consigue imponer su definición de lo que es, y debe ser, la historia. La otra razón aducida por Burke refiere a la función de educación e integración nacional que los gobiernos le atribuyen y demandan de la historia.

En una línea similar, aunque llevando más a fondo el análisis, Elias indaga los motivos que condujeron al abandono y menosprecio de las teorías sociales orientadas al estudio de los procesos evolutivos de larga duración.

Elias muestra cómo las primeras obras de los fundadores de la sociología, escritas en el siglo XIX, expresaban los ideales y creencias de las dos clases ascendentes en los países de industrialización temprana. Estas “voces”, que “en el coro del siglo, acabaron por imponerse fueron las que expresaban las creencias, ideales, objetivos a largo plazo y esperanzas sociales de las clases industriales ascendentes, frente a aquellas otras voces que se orientaban hacia el mantenimiento y conservación del orden social pre-existente en el sentido de una élite del poder de carácter dinástico-cortesano, aristocrático o patricio. Consecuentemente con su posición como clases

ascendentes, las primeras eran las que tenían mayores esperanzas en un futuro mejor. Y como quiera que su ideal no residía en el presente, sino en el futuro, estaban especialmente interesados en el proceso social y en la evolución de la sociedad. En conexión con la una o la otra de las clases industriales, los sociólogos de la época trataban de conseguir la certidumbre en el sentido de que la evolución de la sociedad iría en la dirección de sus deseos y esperanzas profundizando en la dirección de las fuerzas impulsoras de la evolución social que se habían dado hasta aquella fecha”. (Elias, 1993:22)

Este “semicoro”, representante de la burguesía y proletariado se oponía al de las clases cuyos intereses se veían amenazados por el proceso de industrialización y que, por tanto, defendían el orden social existente. “Durante el siglo XIX, por lo tanto, el coro general de la época estaba compuesto por el semicoro de los que alababan un pasado mejor y el semicoro de los que alababan un futuro mejor. Como es sabido, entre los sociólogos cuyo ideal se orientaba hacia el progreso y el futuro mejor nos encontramos con portavoces de las dos clases industriales. Nos encontramos con hombres como Marx y Engels, que se identificaban con la clase obrera industrial; y nos encontramos también con sociólogos burgueses, como Comte, a comienzos del siglo XIX, o Hobhouse al final de este siglo y a comienzos del siglo XX. Los portavoces de ambas clases en ascenso depositaban su confianza en la idea de una mejora futura de la condición humana, por más que, según fuera su situación de clase, les pareciera distinto lo que entendían por mejora y por progreso”.

Si bien los modelos teóricos elaborados para explicar el cambio están teñidos por las creencias y valores de sus autores, “fomentaron mucho el conocimiento objetivo de los problemas de la evolución social”.

Centrando su análisis en la dirección de los procesos estructurales de larga duración, Elias demuestra que la producción sociológica del siglo XIX y comienzos del XX, debe leerse en el mismo proceso de constitución de los Estados nacionales, tomando en consideración tanto las configuraciones intraestatales cuanto las relaciones interestatales. “El ascenso de las clases industriales dentro de los Estados en proceso de industrialización en Europa en el siglo XIX corría paralelo con el correspondiente ascenso de estas mismas naciones. Las naciones europeas en proceso de industrialización entraron en una rivalidad mutua creciente en el siglo XIX e incrementaron más que nunca la expansión de su poderío a costa de los pueblos menos desarrollados de la tierra. Es decir, que no solamente se trataba de clases ascendentes, sino que las sociedades en su totalidad eran formaciones sociales en expansión, ascendentes”. (p. 22-23)

En este mismo proceso expansivo, en el que se constituyen los modernos Estados nacionales, se irán configurando, con mayor o menor celeridad y con desigual dificultad, los diferentes campos de producción simbólica, incluidos los científicos. En el caso de las Ciencias Sociales, la temprana producción teórica dará cuenta de las condiciones en que se encuentra arraigada y de las luchas que se llevan a cabo entre quienes defienden el orden existente y quienes, en uno u otro sentido, pretenden transformarlo. La relación entre estos sectores y sus voceros intelectuales no es mecánica, pero tampoco accidental. Las fuerzas en pugna encuentran su expresión teórica y no es casual, entonces, que las teorías sociales se orienten al estudio evolutivo de las sociedades por venir.

Prosiguiendo su línea indagatoria, Elias se pregunta por qué en el desarrollo de los principales teóricos de la sociología ha desaparecido el interés por los estudios sociales a largo plazo. “(...), no se puede evitar la pregunta acerca de cómo es posible que la sociología, cuyos representantes más notorios en el siglo XIX, pusieron los problemas del proceso social a largo plazo en el primer plano de los intereses de la investigación, en el siglo XX se haya convertido en una sociología de la situación, de cuyos afanes investigatorios prácticamente ha desaparecido toda aclaración de procesos sociales a largo plazo”. (p. 18)

(Así como ha sido sustituida la humanidad como unidad de análisis por estudios centrados en el ámbito estatal). Si bien parte de la respuesta puede encontrarse en el rechazo de los antiguos modelos por considerarlos impregnados por la ideología de sus autores, esta consideración es insuficiente para el análisis eliasiano. Y la explicación que despliega para comprender este rechazo de las teorías decimonónicas por parte de los teóricos del siglo XX, es, de ser posible, una de sus argumentaciones más lúcidas.

Sin duda que las teorías sociales mezclaban conocimiento objetivo con creencias e ideales de las clases ascendentes en las sociedades en proceso de industrialización. Clases que, en esos momentos, luchan por la transformación de una sociedad en la que no tienen lugar, luchan por su propia existencia en el espacio social. Sin embargo, “La reacción frente a la sociología evolucionista predominante en el siglo XIX no se orientaba solamente contra el predominio de los ideales, contra la hegemonía de credos sociales preconcebidos en nombre de la objetividad científica. No se trataba tan sólo de la expresión de un esfuerzo por penetrar a través del velo de las ideas del momento acerca de lo que debía ser una sociedad, para alcanzar las conexiones, los procesos y los funcionamientos de las mismas sociedades. Se trataba, en último término, de la reacción contra el predominio de determinados ideales en la construcción teórica de la sociología en nombre de otros ideales, parcialmente contrarios a éstos. Si, en el siglo XIX, las ideas específicas respecto a lo que debía ser y a lo que se deseaba —esto es, representaciones ideológicas específicas— conducían al

punto central del interés: al proceso y a la evolución de la sociedad, en el siglo XX otras ideas respecto a lo que debe ser y a lo que se desea —esto es, otras representaciones ideológicas— explican el gran interés de los teóricos más destacados de la sociología por el ser concreto y la situación en que se encuentra la sociedad, y explican también su olvido del problema del proceso de las formaciones sociales, su desinterés por las cuestiones de procesos a largo plazo y por todas las posibilidades explicativas que abre la investigación de estas cuestiones”. (P. 20)

Esta inversión de intereses en el estudio de lo social corre paralelo al cambio de situación de las clases industriales que, en el siglo XX, ya no luchan por su existencia ya que sus representantes han alcanzado el poder sobre el Estado. “Ya como socios, ya como contrarios, lo cierto es que los representantes de la burguesía industrial y del proletariado establecido constituyen las élites primarias del poder en las naciones de la primera ola de la industrialización. En consonancia con esto, cada vez tiene mayor importancia en las dos clases industriales (primeramente en la burguesía industrial y, luego, en medida creciente en la clase obrera industrial) la conciencia de clase y, en parte, como disfraz, la conciencia nacional: junto a los ideales de clase, la propia nación como ideal y valor supremo”. (p.23-24) Y, “considerada como un ideal, la Nación orienta la mirada hacia lo que es, hacia lo existente. Desde un punto de vista sentimental e ideológico la Nación, organizada como Estado, como es en la actualidad, se presenta como el valor supremo debido a que los representantes de las dos clases más poderosas y numerosas tienen acceso a las posiciones de poder del Estado. Siempre desde el punto de vista sentimental e ideológico, la nación aparece como eterna, como inmutable en cuanto a sus rasgos esenciales de carácter. Los cambios históricos afectan únicamente a lo exterior; el pueblo, la nación, en cambio parece que no cambiase. La nación inglesa, la alemana, la francesa, la americana o la italiana y todas las demás son imperecederas a juicio de los responsables de su invención. Consideradas en su “esencia”, son siempre lo mismo, ya se trate del siglo X o del siglo XX.

Por lo demás, en el curso del siglo XX ambas clases industriales dentro de las antiguas naciones industriales terminan por convertirse en clases más o menos dominantes y, además, el proceso expansionista de las naciones europeas y de sus descendientes en otras partes del mundo alcanza lentamente un punto de reposo”. (p. 24-25)

La consolidación en el poder de las clases industriales anteriormente excluidas del mismo tiene como correlato el surgimiento de la conciencia nacional y la defensa de la Nación como un ideal supremo. Por lo tanto, la defensa del orden social establecido. Es en este proceso donde el estructural-funcionalismo se convierte en la definición dominante de la Sociología. “En lugar de las voces que proclaman la fe en un futuro mejor y en el progreso de la humanidad como ideal,

adquieren predominio en el coro mezclado de la época las voces de aquellos que dan preeminencia a la fe en el valor de lo existente y, especialmente, en el valor intemporal de la propia Nación, por la que muchos hombres dieron su vida en la sucesión de guerras grandes y pequeñas. A grandes rasgos, ésta es la línea estructural social general que también se refleja, entre otras cosas, en la línea de desarrollo de las teorías sociales. En lugar de las teorías sociales en las que cristalizan los ideales de clases ascendentes de sociedades industriales en plena expansión, se elaboran hoy teorías sociales dominadas por los ideales de capas sociales elevadas y más o menos establecidas en sociedades industriales muy avanzadas, que están alcanzando o ya han alcanzado el punto culminante de su evolución.” (p. 27-28)

Elias muestra cómo el estructural-funcionalismo, y principalmente su representante más importante, Talcott Parsons, ha elaborado una teoría que resulta ser la abstracción teórica de una sociedad concreta. Los conceptos de “sistema social”, “rol”, “función”, dan cuenta de una sociedad en reposo y en equilibrio donde el cambio sólo es producido excepcional y externamente, y la tendencia del sistema es la recuperación permanente del equilibrio. También analiza Elias cómo esta abstracción teórica es la imagen idealizada de una sociedad nacional y “así como en los modelos sociológicos evolutivos del siglo XIX, los deseos, esto es, el desarrollo hacia lo mejor, el progreso social en el sentido de los respectivos ideales sociales, se presentaban como hechos objetivos, mezclados con observaciones científicas, también el siglo XX, los modelos sociológicos de un “sistema social” normalmente invariable, los deseos, esto es, el ideal de una integración armónica de todas las partes de la nación, se presenta como una realidad, como un hecho objetivo mezclado con observaciones científicas. En el primer caso lo que se idealiza es el futuro; en el segundo, el presente, el ordenamiento nacional-estatal existente aquí y ahora”. (p. 28-29)

Hemos mostrado cómo en los procesos de constitución de los campos, las definiciones del ser y del deber ser de cada objeto están aun inacabadas; por lo tanto las fronteras disciplinares son mucho más lábiles y menos marcadas las diferencias entre las disciplinas. También cómo, al constituirse los campos, y a través de la lucha entre diversos enfoques, se instaura uno de ellos como la definición legítima de la disciplina, a la vez que se produce la clausura relativa que necesariamente implica la configuración de un campo. Por lo tanto, por una parte se modifican las relaciones interdisciplinares, y por otra se producen los posicionamientos hacia el interior de cada uno. La elección de Elias para explicar este proceso histórico, y la profusión de sus citas en el presente trabajo, tiene como objeto, en primer lugar, rescatar una obra y un autor de dimensiones monumentales y, en segundo lugar, mostrar un enfoque que, oponiéndose a la definición dominante de la Sociología, propone un análisis procesual en la larga duración centrándose en el

estudio de las relaciones desde una concepción de lo social que postula que individuo y sociedad son aspectos diferentes del mismo ser humano. Que articula lo general y lo particular, que formula un modelo teórico que aplica, coherente y consistentemente, en una vía de doble circulación al material empírico. Además, en una obra publicada en 1936 expresa la esperanza de que la misma pueda “resolver asimismo el endiablado problema de la conexión entre las estructuras psicológicas individuales, esto es, de las llamadas estructuras de personalidad, y las composiciones que constituyen muchos individuos interdependientes, esto es, las estructuras sociales. Ello es posible porque aquí no se considera a estos dos tipos de estructuras como inmutables, cual sucede a menudo, sino, más bien, como estructuras mutables, como aspectos interdependientes del mismo desarrollo a largo plazo”. (p. 12)

En la actualidad se está promoviendo la necesidad de una convergencia entre la Sociología y la Historia, convergencia que, dado el estado actual de ambas disciplinas, constituiría una superación en la producción de conocimiento sobre lo social, entendiendo lo social como una producción inherentemente histórica.

Sin embargo, para llevar a cabo esta empresa, convendría no olvidar la existencia de enfoques, como el que ha orientado a esta ponencia, y que no pueden ser definidos de otra manera que no sea sociología histórica; como tampoco los aportes que desde ambos campos y desde los inicios disciplinares, se han encaminado en la misma dirección.

En las propuestas de constituir una sociología histórica es posible observar que cada término de esta pareja es identificado a partir de las definiciones dominantes de los mismos (en el caso de la sociología, su identificación con el estudio de la “estructura” y las tendencias generales), aun cuando estas definiciones ya vienen siendo cuestionadas desde hace bastante tiempo. Esto implica aceptar y reconocer el status de legitimidad de la definición dominante y, por tanto, posicionarse en una relación de complementariedad dentro de cada campo. Las relaciones de complementariedad, a diferencia de las de confrontación, no cuestionan la legitimidad de la definición dominante. Es posible observar hoy la proliferación de enfoques y la generación de subcampos o subdisciplinas al interior de cada una de estas ciencias, así como la predominancia de relaciones de complementariedad entre ellos. Este hecho conduce al interrogante de si esta proliferación responde a nuevas necesidades de conocimiento, o si están expresando un momento del estado de las luchas en los campos académicos, caracterizado por una alta fragmentación que podría pensarse como una estrategia de posicionamiento dentro de los mismos. Fragmentación que, además, parece estar reproduciendo, al interior de los campos intelectuales, el estado de las relaciones intra e inter estatales en la actualidad.

Sea cual fuere nuestra opinión al respecto, convertir este hecho en objeto de estudio sociohistórico posibilitaría a quienes habitamos estos campos conocer las condiciones y condicionamientos de nuestra propia práctica, ya que cuando permanecen ocultos determinan nuestras producciones y realizaciones más allá de nuestra conciencia y de nuestros deseos.

Bibliografía

- Bourdieu, P., Wacquant, L., 2005, *Una invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI Editores Argentina S.A.
- Burke, Peter, 1987, *Sociología e historia*. Alianza Editorial, Madrid.
- Elias, Norbert, 1993, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.